

ESTRUCTURA DEL "PUREN INDOMITO", DE ALVAREZ DE TOLEDO

El elemento estructurante del mundo que nos ofrece el poema es, sin duda, el espacio. Acontecimiento y personajes se nos presentan altamente espacializados. El carácter de representación del mundo que cualifica el acontecimiento se ordena en tres instancias espaciales fácilmente aislables: una inicial nos despliega un tremendo desorden del mundo, que en algunos momentos llega a presentarse como demoníaco; otra intermedia, en la que aparece una figura (Francisco de Quiñones) portadora de una norma moral, cristiana y política óptima capaz de obrar efectivamente sobre el desorden humano; y, una instancia final que presenta el triunfo del orden cristiano e imperial (ya que la figura elegida refleja adecuadamente la grandeza del imperio) sobre el desorden del mundo, al reprimir lo demoníaco y organizar felizmente lo caótico. Es preciso acotar, que esta ordenación está legitimada por la tradición literaria fundada desde *la Araucana* de Alonso de Ercilla, en ella aparecen estos tres momentos significativos orientados hacia una función estructural evidentemente espacial. Al ser retomados por Oña en el *Arauco Domado*, uno de estos momentos, el segundo, se constituye como el efectivo soporte de la estructura narrativa, ya no interesa mostrar, aquí, el mundo sino una figura, es el héroe (don García Hurtado de Mendoza) el que porta el mundo. Hay que guardarse muy bien de considerar este mundo como "particular", como el mundo de un joven apuesto y piadoso, noble y afortunado, se trata, en verdad, de un "mundo total". Don García Hurtado de Mendoza es el personaje portador en proporcio-

nes máximas de lo que entendemos por *mundo barroco*¹. El representa la resolución particular del barroco a las tensiones manieristas. No hay en este mundo ningún tipo de realidad conflictiva, la gracia, la fe y el dogma de la grandeza imperial ordenan y magnifican admirablemente la vida, no hay un solo momento de perplejidad o titubeo, el sentido de la existencia no puede aparecer más claro. Así don García Hurtado abre el "mundo total": el acontecimiento se despliega a partir de él, le está estrictamente subordinado. Varía, entonces, la categorización y función de las tres situaciones presentadas, pero hay una persistencia básica, la propia tripartición, en el orden y sentido final de los hechos narrados.

Si se nos preguntase sobre el por qué exacto de esta variación, creemos que la respuesta debe sustentarse sobre los fundamentos ideológicos de cada uno de estos poemas: el ideario renacentista en *La Araucana*, el barroco en el *Arauco Domado*, el moralismo contrarreformista en el *Purén Indómito*. En este sentido el patrón propuesto por *La Araucana*, sufre una considerable deformación, o más bien, se carga de nuevos contenidos espirituales.

El desorden del mundo.

El primer momento del desorden del mundo se presenta en el *Purén Indómito*, como profundamente revelante. La rebelión de los purenes, la destrucción de las ciudades, el exterminio de los mejores capitanes españoles, el luto de las esposas, la violación de las doncellas, se explica cómo el castigo del cielo al abandono o deformación de la norma de vida cristiana por los hispanos.

Quando el predicador cristiano hace,
o guarda la ley misma que predica,
al mismo Dios con ello satisface
porque su ley católica amplifica:
pero si lo que dice lo deshace
con lo mal que lo hace, certifica
a la idólatra gente maliciosa
en su doctrina falsa y engañosa².

¹Usamos el término barroco con la significación propuesta por W. Sypher en *Four Stages of Renaissance*, crítico que considera el barroco como el tercer *Stage* dentro del Renacimiento, en donde se verificaría la resolu-

ción —por medio de la fe, la carne, la luz, el espacio, etc.— de las tensiones irresolutas que caracterizan el momento anterior, llamado por Sypher manierismo.

²*Purén Indómito / Poema / por*

Así comienza el canto iv del poema. La reflexión moral propuesta, distancia que a menudo media entre el quehacer vital y la norma religiosa, lo que termina por producir, ante los ojos de los idólatras, una quiebra efectiva de la doctrina cristiana, se resuelve en una toma de conciencia de la sanción divina que significa la guerra con los indios:

Así por nuestras culpas y pecados
nos han enviado Dios de ello el castigo,
y quiere que seamos castigados
de la mano del bárbaro enemigo:
dejar quiero estos puntos malhadados

(Canto iv, p. 64).

La idea de la guerra como sanción divina, que aparece en *La Araucana* y el *Arauco Domado*, más bien como una sanción histórica, se desarrolla ampliamente en el poema con un tono que aparece con frecuencia como admonitorio:

Así como esta miserable gente
de los vicios estaba tan sedienta,
Cuanto pecaba más la sed ardiente
sin poder abstenerse se le acrecienta:
y como así vivía ciegamente
por su mal no cayó antes en la cuenta,
hasta que por sus culpas y malicia
cayó sobre ella el rayo de justicia.

Un año, diez, cuarenta, y ciento, aguarda,
aguarda el poderoso Dios a que se enmiende
el pecador, mas viendo que se tarda
y que sin tasa o límite le ofende,
no arroja rayo así la nube parda,
ni tan fogoso y rápido descende,
como el de su justicia cuando viene
sobre el que ofenderle no se abstiene.

Vayan, pues, como van, sigan sus gustos,
 que de prestos se verán arrepentidos,
 y sus contentos vueltos en disgustos
 rotos, muertos, deshechos, y abatidos:
 que a do dejé a los bárbaros robustos
 me vuelvo a ver si están apercebidos,
 para dar como tienen concertado
 al miserable pueblo descuidado.

(Canto xvii, p. 357).

Los deformados modos de existencia de los conquistadores producen en ellos una especial ceguera frente a la condición del momento histórico, que exige normas de conducta de gran pureza cristiana, única vía adecuada de enfrentamiento al mundo aquí mostrado y óptima posibilidad de realización del carácter providencialista que —como bien sabemos— asume la conquista. La desvirtualización del sentimiento religioso y la entrega a las realidades más inmediatas —sin que se vislumbre la posibilidad de un cambio de actitud en la manera de relacionarse con el mundo—, atrae finalmente, el castigo celeste. La convicción profunda que tiene el narrador sobre la efectividad del proceso anotado, condiciona la admonición final: *Vayan, pues, como van; sigan sus gustos . . .*

Que Dios se vale de los indios como el instrumento más adecuado de castigo, es otra circunstancia que no le merece duda al narrador:

Por lo cual creo, sino me engaño,
 que del cielo ha venido aquel castigo,
 y que permite Dios que venga el daño
 por mano del idólatra enemigo:

No pasará inadvertida la caída de los valores de lo heroico. La escala axiológica que sustenta a la epopeya coloca en primer término al guerrero, que es aquel que realiza los valores nobles de la vida (específicamente aquí, los ideales heroicos). De esta manera la guerra aparece como el ámbito más adecuado para que el hombre se haga, se forje y se realice (ya que lo heroico, para la epopeya clásica, sólo se despliega propiamente en la guerra). Es en las batallas, en última instancia, donde las vidas de Héctor, Aquiles, o Ajax adquieren su aca-

bado sentido y aparecen en las formas más altas o plenas. Pero aquí la guerra —bajo la concepción moralizante tridentina que caracteriza la actitud del narrador— se presenta como un castigo, como una terrible sanción que pesa sobre el hombre:

Dicen más otros santos escritores,
y por su boca propia el mismo Cristo,
que donde no hay justicia hay sinsabores,
y no estará jamás el pueblo quisto:
lo mismo declaran los doctores
en este Reino claro lo hemos visto,
que por no haber justicia de él se ausenta
la paz, y más la guerra se acrecienta.

(Canto xi, p. 212).

Estos momentos no *narrativos* —ni *descriptivos*— que nos revelan la peculiar naturaleza del narrador épico del siglo diecisiete, que ha renunciado al carácter impersonal que definía al narrador de los siglos anteriores —siguen un esquema fácilmente discernible. El narrador parte de ciertos datos que considera de una validez universal: donde no hay justicia hay sinsabores, para aplicarlos a la situación particular en que se encuentra el reino. La proposición inicial está fundada siempre en el ideario contrarreformista. (Véase los inicios de cada canto), de allí muchas veces su sentido realista y concreto, que obedece a la visión particular del cielo que ofrecía la Iglesia a partir del Concilio de Trento (1545-1563).

Aunque se pueden citar otros momentos semejantes, es mucho más sugestivo atraer instancias propiamente narrativas en que aparece este carácter de tremenda sanción que tiene la guerra, que en ciertos momentos adquiere visos de maldición bíblica o realidad alucinante:

Corrían por las calles desmandadas
las casadas, las viudas, las doncellas,
confusas, temerosas, espantadas,
qué lástima y dolor causaba el vellas:
cual lobos tras de ovejas desmandadas
así corren los bárbaros tras ellas.

(Canto xii, p. 232).

El estruendo, rumor, la grito horrenda,
el tropel, alboroto, los clamores,
la vocería bárbara, estupenda,
sin término acrecienta los temores:
no hay quien su casa mísera defienda
de los rebeldes pérfidos traidores,
salen los más sin armas y desnudos,
de espanto y de temor sordos y mudos.

Las temerosas vírgenes y dueñas
como se ven así desamparadas,

Socorro piden todas a gran priesa,
mas no hay en la ciudad quien las socorra,
que la cuadrilla indómita y espesa
le hacen a cada cual que apriesa corra:
no vale deudo, amigos, ni promesa,
ni persona con otra no se ahorra,
el hijo no se acuerda de su madre,
ni de él ni de mujer, menos el padre.

(Canto xv, p. 301).

La selección de aspectos del quehacer guerrero que ha efectuado el narrador es lo suficientemente significativa para fundar nuestra afirmación anterior. Los encuentros y asaltos nocturnos no son la ocasión justa para que se desplieguen los valores de lo heroico y lo noble, como de suyo lo es en la epopeya renacentista; sino para que se muestre el dolor y pavor de los más expuestos y débiles y se deformen y rompan los vínculos humanos más naturales o preciados —se olvida el hombre que es padre, esposo o hijo. Esta realidad, en la que el terror distorsiona la existencia, es aproximada por el narrador a la significación de maldición bíblica que asume la destrucción de Sodoma, el castigo del pueblo israelita (p. 368), u otras situaciones semejantes. Una actitud de esta especie —ya se ha afirmado más arriba—, tiene su fundamento en el moralismo contrarreformista. No queremos decir con ello que la contrarreforma rechazara los valores heroicos, valederamente se podría afirmar lo contrario. La contrarreforma vitaliza la idea tradicional de la *Ecclesia Militaris* de modo tal,

que la orden más señalada de la época se organiza como una compañía militar y el santo típico de la contrarreforma —San Ignacio— aparece tocado por las notas más distintivas del caballero andante, y, aun la misma jerarquía divina se patentiza con carácter acusadamente guerrero. La explicación de lo que ocurre, en verdad, constituye una reafirmación de lo anteriormente dicho. La guerra es una sanción divina que se abate sobre los españoles, la han atraído las culpas y pecados —el desorden del mundo—, luego, la guerra es el correlato efectivo del mal que reina en el mundo y por ello un instrumento celeste de castigo. Por oposición rigurosa la paz aparece como un don de Dios:

Cuarenta y tantos años tuvo guerra
sin tener sólo un día de reposo
aquesta trabajosa y pobre tierra
con contumaz y bárbaro alevoso
que parece que en él sólo se encierra
el furibundo Marte sanguinoso
y tras de ellos un año de paz hubo
por que veáis el bien cuán poco estubo

(Canto III, p. 42).

Cabría, ahora, señalar más acusadamente la significación de la primera instancia establecida por nosotros —el desorden del mundo— como asimismo su función espacializadora. Este momento nos abre un mundo de valores invertidos —el mundo al revés—, en el cual la moral cristiana ha sufrido una distorsión efectiva bajo el peso de los modos viciosos de existencia a que se han entregado los españoles. Ahora, debemos suponer que tal peculiar patentización del mundo sólo se puede hacer evidente desde una conciencia particularmente alerta a toda desviación de la norma moral sentida como propia. Una conciencia así es la que cualifica la actitud del narrador del poema —ella se funda en una óptica contrarreformista de la vida, definida por la depuración de las pasiones y el sentimiento inmediato de lo numinoso (ello explica la abundancia considerable de milagros en el poema, forma inequívoca de hacer visible lo divino). Desde tal fundamento el narrador despliega lo que a él le parece —y así lo muestra— el carácter deformado y diabólico del mundo. (El narrador es incapaz de concebir una realidad desendemoniada).

En este reino mísero reinaban
insultos, fraudes, trampas, odios, iras,
adulterios, incestos no faltaban,
envidia, ambiciones, ni mentiras:
los vicios todos sin cansar se andaban
tirando apriesa ponzoñosas viras
a las mezquinas ánimas dolientes
de aquellas miserables sus sirvientes.

Halló los sublimados abatidos,
a los más abatidos sublimados,
honrados los infames fermentidos,
a todos los famosos infamados,
inquietos los pacíficos sufridos,
los bulliciosos más asesegados,
despedidos los sabios elegantes,
asalariados necios ignorantes.

Llaman al temerario aquí esforzado,
al importuno torpe, diligente
al cobarde y medroso, recatado,
al hablador sin término elocuente,
al escaso, modesto y concertado,
al pródigo, magnánimo y prudente,
al malicioso, simple, sabio, al necio,
tibio al honesto, flojo al fuerte y recio

Era este reino basca desfondada,
un juego de ajedrez mal entablado,
cota rota, mohosa, desmallada,
libro de confusión no encuadernado,
navío sin timón, red sin plomada,
disonante instrumento destemplado,
molino tremulento sin rodezno,
potro nuevo, colérico y sin trezno.

Andaba todo aquí de tal manera,
tan sin compás, medida y tan sin tiento,
que a no lo remediar tan presto, diera
en tierra el edificio sin cimiento:

(Canto xx, p. 402).

El narrador comienza fijando los vicios morales que presenta la existencia de los hispánicos. En verdad, nunca toca los males políticos que podría presentar el reino. Los actos de desgobierno se deben siempre al olvido de las normas cristianas: mesura, caridad, humildad, etc., de este modo todo termina por resolverse en el plano puramente moral (resolución que nos vuelve a poner frente al fundamento ideológico del poema). Después de presentarnos este *reino mísero* regido por el odio, la ira, el fraude y la sensualidad más extrema —adulterios, incestos—*, nos revela el narrador el carácter del mundo al revés que para un hombre justo y piadoso** presenta esta realidad. En una primera instancia se trata de una inversión de valores: *Halló los sublimados abatidos, a los más abatidos sublimados*, que termina por modificar la radicalidad misma de la conducta humana: *los bullidosos más aseados*. La inversión, que en el fondo no es nada más —nada menos para el narrador— que la caída de la norma religiosa—, aparece como tremendamente absurda, como insólita y así queda fijada en otros momentos del poema: *Gobernaba . . . al con ojos el ciego, el cojo al sano* (p. 404). Un mundo así invertido permite que el pecado florezca naturalmente y que se produzca una irracional ceguera frente a las formas de la realidad, cuya verdadera efectividad se es incapaz de distinguir: *Llaman al temerario aquí esforzado*, lo que termina por consagrar las más deformadas formas de la existencia como las más adecuadas (importunos, cobardes, habladores, escasos, pródigos, maliciosos, tibios). Esta condición deformada explica que los vicios más bajos y las formas absurdas de remediarlos, aparezcan como perdonables los primeros y como admirables las segundas: véase el comienzo del canto xv, a propósito de una sentencia de un juez sobre un indio sorprendido en amores bestiales —*el torpe y carnal vicio mal usando*. Todo ello justifica las valoraciones que hace el narrador: el reino era una basca desfondada, un juego de ajedrez mal entablado (se trata de una imagen decidora para los propósitos del narrador. Si un juego de ajedrez nos da una realidad fina y admirablemente ordenada, un juego mal entablado, por la rigurosidad misma del sistema bien aplicado, es absurdo, inaprehensible, caótico), una cota rota, un navío

*Es comprensible de suyo que para este narrador todas estas desviaciones de la vida sexual —de por sí ya tremenda y peligrosa— sean los vicios

más nefandos a que el hombre puede entregarse.

**El sujeto del verbo *halló* es Francisco de Quiñones.

sin timón, etc. El resultado final no puede ser otro que la perdición de todo el reino. Todas estas notas definitorias, puestas en boca del narrador, son empleadas con insistente reiteración en la caracterización de las diversas situaciones narrativas que corresponden a la instancia inicial fijada por nosotros. Así la ciudad de la Imperial es descrita como entregada a la más extrema deformación vital, naturalmente desde la escala de valores sustentada por la contrarreforma, de manera semejante se nos muestra el pueblo de San Bartolomé de Gamboa (*la ciudad vacía de cordura*), y, en general, a todos los poblados destruidos por los indios. De este modo, las situaciones se tipifican bajo la instancia espacializadora que las ordena para mostrarnos un mundo efectivamente degradado en la concepción cristiana, *strictu sensu*, contrarreformista, de la existencia.

Es particularmente significativa para nuestra afirmación inicial sobre el poderoso papel que juega la tradición en la fijación de este momento de desorden demoníaco en el *Purén Indómito*, la semejanza que existe con las categorías empleadas para definir el mismo momento en el *Arauco Domado*:

Desorden demoníaco en el Arauco Domado.

Quando la tierra estaba ya de suerte
que no dada lugar al bautizado
adonde estar un punto asegurado
de la espantosa imagen de la muerte:
postrado ya su muro y casa fuerte,
Valdivia muerto, Penco despoblado,
Aguirre y Villagrán sobre el gobierno
alzando al cielo llamas del infierno;
Quando por las victorias alcanzadas
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo
para con el rigor de sus espadas;
y cuando sobre picas levantadas,
oh lúgubre espectáculo y señuelo
andaban las católicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas³;

³Arauco Domado, de Pedro de Oña. Edición crítica de la Academia Chilena. Anotada por José Toribio

Medina. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, MCMXVII, p. 41.

Categorialmente se trata, también, de un desorden del mundo (Valdivia muerto, destruidos los fuertes, los hispanos movidos por la ambición, luchando por el mando), que se resuelve en una realidad demonizada en donde la querrela hispánica es infernal y los indios amenazan al mismo cielo. Una visión semejante atrae, necesariamente —como en el Purén— la idea de un mundo al revés:

Regocijada todo lo posible,
aquella diosa lúbrica y terrible,
su voladora rueda volteando,
al bárbaro en la cima colocaba
y al Fido allá en el centro sepultaba.

(Canto I, p. 43).

Si se reafirma en este punto la semejanza en la disposición externa del primer momento, también se vuelve a fundar la diferencia anotada por nosotros al comienzo. Los contenidos espirituales que anima el *Arauco Domado*, no son los mismos que encontramos en el *Purén Indómito*. El narrador de este último poema interpreta el mundo desde la profunda conciencia moralista que fijó el Concilio de Trento. Para él, los indios no son simplemente el sector infernal del mundo y los españoles la representación adecuada de lo angélico; hay una norma de comportamiento en el mundo, cualquiera desviación de ellas es satánica. Es ésta la manera más adecuada de resolver las tensiones irresolutas⁴ que planteó el manierismo al hombre del seiscientos. Mediante un acto evidentemente dogmático, la contrarreforma vuelve a recuperar los dominios espirituales, puestos en duda. El narrador del *Arauco Domado* ofrece una visión menos crítica y moralizante. El carácter deformado del mundo le merece una explicación y justificación más inmediata, la trastocación de valores reside tan sólo en el hecho que el idólatra ha tomado el lugar del creyente y ha establecido una relación de dominio. No significa ello que en el *Arauco Domado* no existan situaciones de crítica moralizante. Aparte de los momentos no narrativos ni descriptivos que encabezan los diversos cantos, el héroe, don García Hurtado de Mendoza, hace patente en diversas ocasiones, mediante sus actos piadosos, la excesiva codicia de los hispanos o el maltrato que daban a los indios (Canto Tercero); pero, en ningún momento —para fijar definitivamente una diferencia esencial—, se atrae la proposición que la guerra es una sanción divina a los modos viciosos de vida de los españoles. En verdad, para el

⁴Terminología aplicada por Sypher. Op. cit.

narrador del *Arauco Domado*, no es, todavía, el moralismo la forma de incorporar y hacer suyo el mundo⁵.

Por otra parte, la función estructural de este momento que hemos llamado desorden del mundo es diversa en ambos poemas. En el *Purén Indómito*, ya sabemos, su finalidad consiste en desplegar un mundo sancionado por el moralismo propio del siglo xvii, se trata, pues, de una función espacializadora. Mientras que en *Arauco Domado* no tiene valor en sí mismo, sino que, es más bien un obstáculo opuesto al héroe y destinado básicamente a abrirnos el "mundo total" que porta la figura central y, naturalmente, una motivación más para el panegírico del protagonista. Se cumple, de este modo, la función propia de los acontecimientos en una epopeya de personaje: iluminarnos el mundo del héroe.

Personajes espacializados.

Ahora bien, si en el *Purén Indómito* los motivos aparecen espacializados, la otra sustancia formante del mundo debe presentarse en forma suficientemente homogénea con la anterior, como para hablar de una estructura espacial.

En este sentido, es de toda evidencia que los personajes están caracterizados como representativos de mundo. Ellos nos iluminan adecuadamente los diversos estratos de la realidad presentada en el poema, son, pues, personajes espacializados.

Martín Oñez de Loyola, con cuya muerte se abre el poema, representa plenamente al capitán, que por actuar rápidamente olvida las más elementales precauciones y la cautela y mesura a que obliga este mundo amenazante que nos ofrece el poema:

El tiempo fácilmente nos engaña,
y así quien sin cimientos edifica

⁵Es dable anotar en este sentido que la crítica moralizante del narrador del *Purén Indómito*, ha hecho pensar que ella tendría un efectivo fundamento erasmista, en cuanto se ejercita en la desvirtualización con que se presenta a veces la relación entre el creyente y Dios (Canto iii, p. 50). Pero, también se ha demostrado que, aunque es una posibilidad aparentemente bien fundada, no cabe en esencia. Este pro-

blema ha sido tratado por Eladio García C. en su artículo "El Purén Indómito" como obra literaria. (Prolegómenos a una edición crítica)", que aparece en el volumen colectivo *Estudios de Lengua y Literatura como Humanidades*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1960. Publicación del Seminario de Humanidades, pp. 82-104.

no veréis que jamás se desengaña
si máquinas fantásticas fabrica:
la mucha diligencia a veces daña

Que si al tiempo Loyola no creyera,
ni de él tan fácilmente se fiara,
quizá pudiera ser no se perdiera
ni Chile tan perdido nos dejara
más él va ya pasando su carrera,
la cual plugiera a Dios no la empezará:

(Canto I, p. 5).

Pero en efecto fueron desdichados
pobres, cortos y faltos de ventura,
por un descuido sólo condenados
a tan acerba muerte, infausta y dura:
gobernador, caudillos y soldados
tuvieron por igual la sepultura;

(Canto II, p. 24).

Se trata de la misma idea expresada en la configuración del momento inicial del argumento: la realidad, aquí mostrada, exige una norma de conducta depurada.

La destrucción de Valdivia se debe al descuido del teniente Romero, que nos representa, así, otro tipo de guerrero: él que es incapaz de velar como lo exige perentoriamente las circunstancias:

Varón era Romero acreditado
cuidadoso, magnánimo, valiente
cuerdo en las ocasiones, reportado,
solicito, sagaz, sabio, y prudente:
por estar en tal tiempo descuidado
aquí acabó tan desastradamente,

(Canto XIX, p. 374).

De nada le han valido sus virtudes morales al carecer del rasgo que la justa adecuación al momento hace necesario. Pero, es en las

caracterizaciones colectivas, donde la mostración del mundo se hace iluminadora. Como una forma de mediatizar el profundo criticismo que ofrecen estas caracterizaciones al narrador las pone en boca de los indios, fundamentalmente en dos caciques, Pailamacho, en el canto II, y Anganamón, en el canto X. (No podemos ignorar, por otra parte, que ya desde la Araucana no sólo la crítica a los modos de vida españoles está puesta en boca de los araucanos —recordemos el discurso de Galvarino—, sino incluso el propio *derecho de gentes-ius gentium*).

El discurso de Pailamacho nos ilumina significativamente las peculiaridades de conducta, de condición humana que presenta el mundo desplegado en el poema:

No pueden sin nosotros sustentarse,
porque son todos ellos haraganes,
y lo que más importa procurarse
es quitarles pastores y gañanes:
y que el servicio venga todo a alzarse
que con este desmán y otros desmanes
a su tierra se irán, y nuestra tierra
en paz se quedará, libre de guerra.

No les detiene más a esos hispanos
que la codicia grande del tributo,
que cobra de los míseros villanos
sin trabajo ninguno y a pie enjuto:
no pecharán jamás a los humanos
si nuestra ley guardáran y estatuto
fueran como nosotros caballeros,
y no villanos, pobres y pecheros.

Mas con buenas palabras y doctrina
los tiene el español así sujetos,
diciendo que su fe santa y divina
se guarda como guarden diez preceos:
y entiendo que es más esto golosina
con que ceban a aquesos indiscretos.
Por qué ellos jamás hacen lo que dicen
y en el decir y hacer se contradicen.

Si las dos primeras estrofas nos muestran dos notas iluminadoras del sector humano caracterizado: la haraganería y la codicia villana

(la segunda condición es empleada con suma asiduidad, la primera es mencionada por esta única vez en el poema), la tercera estrofa nos proporciona la causa verdadera de la deformación de la conducta hispánica: el abismo que media entre el gesto (lo puramente aparential) y el quehacer vital —en el decir y hacer se contradicen. Poner de manifiesto esta contradicción en todos los órdenes de vida del reino, es una estructura básica en la actitud del narrador.

Dicen que a su Dios de ellos que le amemos
y nunca jamás vemos que ellos le aman,

a nuestro padre y madre que le honremos
y a los suyos honrarlos nunca vemos.

Alegan que a ninguno no se mate
y a todos nuestros deudos nos han muerto

Dicen que el fornicar que no se trate
y ellos fornican siempre al descubierto.

(Ejemplos tomados siempre del discurso de Pailamacho).

Reparemos cómo aparece de manifiesto nuevamente la ideología moralista del narrador. En el hacer concreto de los conquistadores no se cumplen los sagrados mandamientos (amar a Dios por sobre todas las cosas, honrar padre y madre, no fornicar, etc.). Son ellos verdades proclamadas frente a los otros, pero jamás cumplidas. De este modo hay una efectiva falta de límites en la conducta del conquistador, que es, en rigor, el demonismo, fustigado tantas veces por el narrador y puesto, aquí, de manifiesto a través del discurso de Pailamacho. [Que los sagrados sacramentos estén en boca del indio no debe extrañarnos por las razones expuestas más arriba.] Las estrofas siguientes nos abren plenamente esta realidad:

También su fe sagrada les defiende
que falso testimonio no se diga,
por que con él al prójimo se ofende
y dios por tal pecado les castiga:
y veis que en otra cosa nunca entiende
esa gente feroz nuestra enemiga,
Sino es en levantarnos testimonios
llamándonos de perros y demonios.

A la mujer casada la desean
con mandarles no tengan tal deseo;
las calles donde vive la pasean
pensando enamorar con su paseo,
que piensan no hay ninguno que los vean
como ellos nunca ven su deváneo;
a cuantas ven a tantas las codician,
y en verlas solamente se delician.

Pues si mirais vereis la gran codicia
que tienen todos ellos a lo ajeno,
la envidia, rencor, odio y avaricia,
que tan de asiento moran en su seno:
no tienen ley con nadie ni amicitia,
ni de sus lenguas hay ninguno bueno,
no aman a sus prójimos, ni honran,
mas antes los disfaman y deshonoran.

Vereislos en el templo pasar cuentas
a todos a gran priesa en sus rosarios;
que parece que rezan y hacen cuentas
de los indios que tienen tributarios:
y cuando habrán crecido más sus rentas,
o menguados los gastos ordinarios,
en el oro maquinan que atesoran,
y nos dan a entender que a Dios adoran.

(Canto III, p. 47-50).

La norma cristiana, única forma de realizarse adecuadamente que tiene el hombre en este mundo postridentino, aparece definitivamente caída; la desviación de ella atraerá sobre los hombres la sanción divina. Los naturales, como hombres ajenos a la comedia representada por los españoles, son, asimismo, los que se ofrecen como los instrumentos más convenientes para poner en evidencia la condición aparental de este mundo. Ahora bien, la última estrofa, que podría ser interpretada como cargada de un contenido erasmista —hay una falta de disposición interior frente a lo religioso— se ordena visiblemente en la coordenada de significación de todo el discurso: la proclamación inesencial de la norma (específicamente aquí los mandamientos) frente al comportamiento real viciado. La contradicción entre el además y la

realidad del vivir, es, en verdad, la forma final en que se resuelve la conducta hispánica. Así, el narrador nos entrega como otro soporte del mundo desplegado un *personaje colectivo*, caracterizado por notas de acusado negativismo como codicia, sensualidad, envidia, crueldad, difamación, etc. Esta caracterización colectiva tiene una función altamente espacializadora. Viene ella a completar la mostración de este momento del mundo calificado como de ordenado y demoníaco, iluminado ya por la tipificación de los acontecimientos y legitimado por la ideología contrarreformista del narrador.

El discurso de Anganamón insiste en ciertos tópicos como el de la codicia de los españoles (p. 209) y en general repite los rasgos de la caracterización ya anotada, pero, al mismo tiempo, nos revela el peculiar sentimiento de rebeldía y menosprecio que produce en los araucanos la conducta deformada de los conquistadores:

que por vuestra ambición y gran codicia
padeis las miserias que ahora vemos,
pues jamás con lo bueno os contentasteis,

Si con lo moderado, justo y bueno
contentado os hubiéades, yo os digo
que nunca en todo el término chileno
tuviéades jamás indio enemigo:
mas como sois amigos de lo ageno
y agudos en el áspero castigo,
acordamos sufrir antes la muerte
que una vida vivir tan cruda y fuerte.

Así por la impiedad vuestra y maldades
la inmensa magestad de Dios eterna
os envía cual veis calamidades,
por su justa justicia que es suprema.

(Canto x, p. 209).

Observamos reafirmadas algunas instancias básicas ya señaladas: El carácter de sanción divina de la guerra, la admonición moral puesta en boca de los indígenas, la caída de la norma cristiana de vida.

La figura ordenadora del mundo.

Expuesto ya este primer momento de desorden del mundo, cabe referirse a la segunda situación fundamental: la aparición de la figura portadora de la más alta norma moral —piedad cristiana—, guerrera e imperial, capaz por ello de obrar efectivamente sobre la confusión del mundo, y restablecer el orden cristiano. La idea básica sustentada es, que si Dios envía el castigo (la guerra) también, se encarga de proporcionar el remedio. El enviado de Dios, ya sabemos, es don Francisco de Quiñones, cuyo panegírico se canta —página 116 y *passim*— conforme al tópico de la *alabanza de los antepasados* en un primer momento, y, en seguida, bajo el esquema de *sapientia y fortitudo*. De este modo se nos muestra la sangre preclara y la vida hazañosa y pía del héroe. La similitud de esta instancia con la que presenta en este mismo punto el *Arauco Domado* es considerable. En ambos poemas los habitantes del reino de Chile envían una embajada al virrey del Perú, solicitando un capitán capaz de imponer paz y justicia en esa tierra, el virrey elige la figura más adecuada. El ejército que se embarca hacia Chile está constituido por la gente más lucida de Lima, finalmente, en el trayecto los sorprende una tempestad fortísima [situación que aparece ya en *la Araucana*]. En la función de este último motivo volvemos a percibir, sin embargo, las notas diferenciadoras que ya hemos fijado en esta disposición de los elementos aparentemente, o mejor dicho, formalmente semejantes que los tres poemas nos proporcionan. Dicho de otro modo, las situaciones propuestas en *la Araucana*, en cuanto a su disposición básica, son retomadas y vueltas a utilizar en los poemas que nos preocupan, pero todas ellas ofrecen una distinta función, que proviene de la peculiar estructura de cada una de las narraciones y de los contenidos espirituales que fundan el mundo desplegado.

El motivo de la tempestad en *la Araucana*:

Con tal furia a la nave el viento asalta,
y fue tan recio y presto el terremoto,
que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto;
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo a grandes voces el piloto:
“¡Larga la triza en banda!, ¡larga, larga!,
¡larga presto, ay de mí, que el viento carga!”.

La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes, lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía

Los cuatro poderosos elementos
contra la flaca nave conjurados
traspasando sus términos y asientos,
iban del todo ya desordenados,
indómitos, airados y violentos,
removidos, revueltos y mezclados
en su antigua discordia y fuerza entera,
como en el caos y confusión primera.

cuando un golpe de mar incontrastable,
bramando, en un turbión de viento envuelto,
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeón ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
y fue que el puño del trinquete suelto
trabó del gran vaivén a la pasada
en un diente de la áncora amarrada,

y cual si fuera estaca mal asida,
la arranca de su asiento y la arrebatá,
y acá y allá del viento sacudida
todo lo abate, rompe y desbaratá.
Mas Dios, que de los suyos no se olvida
(aunque a las veces su favor dilata)
hizo que en el bauprés dichosamente
el áncora aferrase el corvo diente.

Luego, pues, que la súbita alegría
 lanzó afuera el temor desconfiado,
 y a su lugar volvió la sangre fría
 que había los miembros ya desamparado,
 la esforzada y contrita compañía,
 el rostro al cielo en lágrimas bañado,
 con oración devota y sacrificio
 dio las gracias a Dios del beneficio.

(Cantos xv-xvi, pp. 362-377)⁶.

Los rasgos con que se presenta el motivo son fácilmente verificables: a) La furia y braveza inusitada de la naturaleza que se aproxima al caos primigenio; b) la confusión y espanto que ello pone en el ánimo de la gente; c) el ancla suelta que amenaza destruir el barco; d) la intervención de la divina providencia que remedia la situación, y e) el agradecimiento devoto de la *contrita compañía* a Dios.

En el *Arauco Domado* la disposición externa de los rasgos es semejante, pero, basta anotar uno de ellos para ver cuan diferente es la significación que los anima, y, cómo ello causa la particular función del motivo. Veamos el rasgo e) :

Levanta el rostro al cielo soberano
 el General, y en lágrimas deshecho,
 refiere a Dios las gracias deste hecho,
 reconociendo que era de su mano;

(Canto iv, p. 136) .

Si en *la Araucana* es la compañía, o *el aflijido pueblo castellano* (como dice el narrador más atrás de lo citado) el que sufre los embates de la tempestad y dá, pasado el peligro, las gracias a Dios, en el *Arauco Domado* se proyecta sobre el anonimato colectivo el General, don García Hurtado de Mendoza, quien es, en rigor, el que es puesto a prueba en su valor y piedad (don García reza en medio de la tempestad) por las fuerzas desatadas de la naturaleza y del mal (recordemos que Satanás es el que ha enviado la tempestad marina). En síntesis, en *la Araucana* lo que interesa al narrador es mostrar el espacio, mientras en el *Arauco Domado*, la intención es darnos un mundo

⁶Ercilla, Alonso de. *La Araucana*,
 Buenos Aires, Emecé editores, 1945.

Edición y prólogo de Julio Caillet-Bois.

personal, iluminar mediante este motivo —y naturalmente otros— una figura portadora de mundo.

En el *Purén Indómito* la función del motivo es, como en *la Araucana*, espacial. Sin embargo, subsiste una diferencia esencial que conviene sorprender y poner de manifiesto. Hay una notable intensificación en el *Purén* de los elementos sobrenaturales y de los contenidos piadosos. Muestra de ello es la extensa oración a Dios, cargada de erudición bíblica que pronuncia don Francisco de Quiñones de pie en la proa de la nave azotada por el temporal, pidiendo que el Señor calme las aguas. Aquí no se nos revela una figura portadora de mundo, ni un espacio entendido sólo en sus implicaciones político-sociales —el pueblo castellano que afronta los peligros para reafirmar el imperio— sino un mundo católico y moralizante, en que la empresa acometida está legitimada por la providencia que vela los actos de buen cristiano.

En cuanto don Francisco de Quiñones toca tierra se comienza a verificar la última instancia propuesta por nosotros: el triunfo del orden cristiano. El piadoso gobernador en un largo discurso moralizante proclama la necesidad de fundar una norma de gran pureza católica para la conducta hispánica en el reino.

Mas por seros en todo compañero
y a Dios y a nuestro rey hacer servicio,
con pecho vengo y ánimo sincero
a ofrecerme por él en sacrificio:
pero una sola cosa pedir quiero
y es que dejéis de hoy mas el torpe vicio,
a Dios primera causa nos volvamos
pues es suya y por ella militamos.

Procuremos tomar por nuestro amparo
los favores celestes que con esos
venceremos al bárbaro gallardo,
mejor que con la espada, lanza, o dardo.

(Canto xiv, p. 267).

Se reafirma la idea que el único modo adecuado de realizarse en este mundo presentado en el poema, y por consiguiente, el modo más justo de enfrentarlo, es la forma cristiana de vida. Su instauración más acabada es lo que pretende Quiñones:

A los amancebados desterraba,
 por un estilo y término tan bueno,
 que la causa porque no imaginaba
 el mismo causador del daño ageno:
 con esto la república limpiaba
 echando al vicio sensual un freno
 tan áspero y tan recio de bocado
 con que le hizo parar mal de su grado

El narrador usa doce estrofas más —análogas a ésta— para ponderar la norma cristiana de comportamiento que el gobernador instaura en el reino. Conseguida la contrición de las conciencias y la depuración de la conducta, aparece como de suyo comprensible la victoria que obtiene Quiñones en la batalla de Yumbel sobre los araucanos. En ella se afirma la gloria del imperio, y, fundamentalmente, el sentido cristiano de la empresa guerrera:

Después, cuando dejó el nocturno velo
 las florecillas cándidas marchitas,
el nuevo Gedeón dio al Rey del Cielo
 dentro en su tienda gracias infinitas.

Canto xxiv, p. 488).

Así finaliza el poema, proclamado a Quiñones como derribador de la idolatría —el nuevo Gedeón (la cursiva es nuestro) — y como el más justo representante de la piedad católica.

La función estructural de este último momento es evidentemente espacializadora. Se nos muestra un mundo regido por los más puros valores religiosos, en donde la vida ejecutada en el más alto nivel moral recibe la aprobación y dones del cielo. Sólo cabe como nota disonante el lamentar la fugacidad de este estado ideal, prefiguración exacta, si pudiera prolongarse más, de la Edad de Oro:

Oh gran legislador! Numa moderno!
 Perseguidor mortal de la malicia,
 asombro de las furias del infierno,
 abismador de la cruel codicia,
 Si tú duraras más en el gobierno
 pusieras en su punto a la justicia,
 volviéndola a su trono del destierro,
 y al primer siglo de oro este de hierro.

Tuviéramos celestiales regalos,
los campos de granadas mieses llenos,
hubiera mil lucidos intervalos,

(Canto xx, p. 406) .

Don Francisco de Quiñones no sólo cuenta con la ayuda de la Providencia para realizar su empresa, sino que hasta la Fortuna protege sus pasos:

Llegó sin daño alguno a la otra parte
que ya está la Fortuna de la nuestra.

(Canto xxiii, p. 459) .

La idea es ciertamente curiosa (considerando el fundamento ideológico del poema) cuando el hombre realiza la voluntad de la divina Providencia, cuenta con la ayuda de la Fortuna. "A pesar de la resistencia inicial opuesta por la contrarreforma en su período más agudo a la cultura del Renacimiento llegó a aceptarla y elaborarla ampliamente. La enemistad del Papado a la antigüedad en cuanto símbolo de un humanismo pagano no fue de larga duración, y apenas fue obstáculo para su desarrollo. Los elementos de la educación clásica entrar en el catolicismo de la contrarreforma"⁷. La cita de Weisbach explica la extrañeza que podría suscitar nos la afirmación del narrador del *Purén Indómito*. En verdad la Contrarreforma aceptó para sus propios fines todo el aparato caballeresco y pastoril de el Renacimiento. El le sirvió como un modo de atraerse a los fieles, le proporcionó el punto de apoyo que significan las profundas vivencias de lo heroico y lo bucólico, legadas por el Renacimiento inmediatamente anterior. No debe asombrarnos, luego, la fusión de elementos clásicos (Fortuna) y cristianos (Providencia) que revela el poema estudiado.

Es altamente significativo que la extensión que ocupa en el acontecimiento la instancia que hemos llamado el triunfo del orden divino sea considerablemente menor que la empleada por el narrador pa-

⁷Weisbach, Werner. *El Barroco, arte de la Contrarreforma*. Madrid, Espasa-Calpe, 1948. Traducción y ensayo

preliminar de Lafuente Ferrari, 2 Ed., p. 79.

ra mostrarnos el desorden del mundo. Es dable anotar que en el *Arauco Domado*, la situación es inversa. Oña nos presenta, brevemente, una realidad caótica y demonizada (la rebelión de los infieles araucanos, los conjurados contra el rey en Quito, la excursión del hereje pirata inglés) para en seguida, desplegar nos amplia y solemnemente el triunfo de la norma cristiana e imperial (concretizada en forma óptima en don García Hurtado de Mendoza), sobre tal realidad. En el Purén Indómito, por el contrario, el narrador insiste casi con obsesión sobre la situación deformada y viciosa en que se resuelve la vida del reino. Violaciones, asaltos, pasiones contra natura, falso cristianismo, traiciones, sensualidad, codicia, son elementos reiterados a lo largo de toda la fábula. Ellos terminan por producir lo que podríamos llamar una efectiva nostalgia de la virtud en el ánimo del lector, cumpliéndose así, en una primera instancia, el fin moralizador que persigue el narrador. Creemos que es esta la razón de la insistencia en la presentación de esta realidad baja y viciosa: la enseñanza por el contrario, la presentación de ejemplos de pecadores, que atraiga inicialmente el deseo de la virtud y terminen por justificar plenamente la necesidad de la instauración de la moral contrarreformista como la forma más justa de realización de la conducta vital. Por otra parte, la mostración reiterada de vicios y pecados, o la visión crítica y amarga de la contemporaneidad, constituye la tónica fundamental de la literatura barroca —basta pensar en la picaresca—, tónica que no revela de ningún modo una complacencia en el vicio (como ya hemos dicho), sino, como lo afirma Sobejano, un afán pedagógico y moralizante.

Desde aquí podemos sostener que la visión del mundo, el núcleo unitario significativo, la dirección y sentido último de el acontecimiento, la caracterización y el espacio, es la oposición entre el desorden del mundo y el orden cristiano. En términos pertinentes al análisis se trata de la *ley estructural* del poema. Ella no sólo nos revela la peculiar ordenación de este mundo, la regularidad de la estructura, sino que los fundamentos espirituales, la ideología que sostiene el Purén Indómito.

El análisis del poema nos ha demostrado su estructura espacial, sus tres instancias espaciales básicas y el fundamento ideológico de lo narrado: el moralismo contrarreformista.

Desde este modo en que el poema se nos ha hecho patente, podemos, a juicio nuestro, rede cubrir un problema apasionante que nos

ofrece el texto, y que hasta ahora, ha permanecido extrañamente encubierto. Se trata de la falta o mutilación de ciertas estrofas que encabezaban los cantos del poema. Dice, a propósito de ellos, Barros Arana, editor y prologuista de la única edición conocida del poema: "Jeus avens remarqué qu'il y manque quelques octaves au commencement de plusie urs chants, mais bientôt nous avons reconnu que cette lacune n'a nulle importance, car ces octaves ne sont que de vagues preliminaires qui ne tiennent point a la relation historique"⁸.

Estos vagos preliminares que Barros Arana cree irrelevantes —conforme a la tradición crítica nacional que ha juzgado los poemas épicos en cuanto a su mayor o menor verismo histórico—, son fundamentales para el adecuado análisis del poema. Barros Arana, nos ha escamoteado nada menos que la invocación, la proposición y el exordio del poema. Tal como se presenta el texto, falto de estos elementos, el *Purén Indómito*, sería, en rigor, una crónica y de ningún modo podría considerarse una epopeya. Ahora, que existe un exordio es innegable, frecuentemente el narrador se refiere a un señor a quien dedica su obra: invoca, por otra parte, también a menudo, a Dios, situaciones que fundan necesariamente la existencia de la *invocatio*.

Ahora bien, es natural y sensato pensar que la *propositio* debe referirse necesariamente a las tres instancias fundamentales que presenta el poema, ello es lo cantado, ello es al fin lo que se mienta. Dicho de otro modo, la *propositio* puede ser fundada desde los elementos últimos y básicos del contenido, desde la última significación que nos muestra la peculiar tripartición del mundo del poema.

Por esto nos atrevemos a postular una *propositio* desprendida rigurosamente del análisis estructural efectuado.

El narrador debió referirse en un comienzo, lógicamente, al primer momento del acontecimiento: la destrucción, la muerte, el dolor que sobre los pueblos del reino trajo la rebelión de los indios. Vendría en seguida la causa que legitimaría tal situación: todo habría sobrevenido como un justo castigo a los males, a la vida pecaminosa de los hispanos. Ya sabemos que la mención de la guerra atrae inmediatamente la idea de la sanción divina. Se reflejaría así en este momento el fundamento espiritual que sustenta el poema. Se abriría, ahora, naturalmente, la segunda instancia: ella debió referirse a que el cielo compadecido (recordemos cómo Dios después de enviar el castigo,

⁸Purén Indómito. Op. cit., p.viii.

envía el antidoto, según opinión del narrador) . envió el remedio en un piadoso capitán cristiano. Para finalizar con la afirmación del triunfo obtenido sobre los purenes en la batalla de Yumbel, que correspondería a la última instancia del poema⁹.

MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

⁹Propositio e invocatio son los términos propios del *plan épico* fijado por la epopeya homérica y virgilia-
na. Los romanzos incorporan a esta disposición (que consta de un tercer término la narratio) el exordio. La épica hispanoamericana se conforma básicamente, en cuanto a la disposición de sus partes, en el esquema propuesto en *la Eneida*. *La Cristiada*, de Fray Diego de Hojeda, el *Ignacio de Cantabria*, de Pedro de Oña, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *El Arauco Domado* de Pedro de Oña siguen el plan virgiliano. En éste encontramos primeramente la proposición, en seguida la invocación y después la narración. El comienzo *in medias res*, pe-

culiar técnica de *La Eneida*, es propio, también, de los poemas citados. Ello nos demuestra que el modelo más prestigioso de la épica del siglo xvi y xvii es la epopeya virgiana (imitada, en verdad, hasta en sus menores motivos. Así el motivo de la tempestad analizado por nosotros en *la Araucana*, y el *Arauco Domado* y el *Purén Indómito*, proviene con todos sus rasgos del poema de Virgilio) . Todo ello vuelve a fundar nuestra idea que en *los vagos preliminares*, desechados por Barros Arana, estaba propuesto el plan épico del poema, infaltable en un texto cuyo lugar natural es la tradición épica, culta.